

LEER Y VIVIR

Antonio Pereira

RODRIGO RUBIO

ANTONIO Pereira, leonés (Villafranca del Bierzo, 1923), pero también gallego, es, sobre todo, un hombre de fina ironía. Como poeta había andado ya un largo camino, precisamente empezando por «El regreso», hasta llegar a su «Cancionero de Sagres», pasando por la «Antología», que le publicó Plaza y Janés en su colección Selecciones de Poesía Española.

A mí me gustó siempre el verso de Antonio Pereira. Un verso que no se colmaba de florituras, ni parecía adornado de saberes, pero que resultaba sentencioso, y en momentos irónicos. También hondo. Para una novela mía, escrita cuando yo tenía ánimos para recordar tiempos de ruina (aunque todos los tiempos, incluidos los que vivimos, son de angustia), tomé como lema unos versos de Antonio. Algo que hablaba de niños, de críos que desde muy temprano los dejaron en la calle y, como pájaros, empezaron a volar. Ahora lo recuerdo con precisión:

«Como pájaros nuevos aprendíamos, / y una tarde sin viento nos soltaban / y había que volar».

Con esto, yo quería ver a los niños/muchachos de nuestra generación, la de Pereira y la mía. Es decir, los que fuimos chiquillos en la guerra y muchachos en la posguerra.

Antonio Pereira puso en verso el vivir/no vivir de las gentes de nuestra generación. No se alejó mucho de su comarca natal, la del Bierzo. Se iba como para Galicia y Portugal, en vez de subirse a la meseta. Me gustaba a mí aquella poesía. Y empezaron a gustarme sus cuentos, cuando leí los primeros. Aún recuerdo uno en el que Antonio Pereira hablaba de un tipo bastante macho, que contaba cosas grandes respecto a mujeres, pero luego, cuando se movía el tiempo, siempre se llevaba la mano a la entrepierna, allí donde le habían dado un tiro cuando la guerra.

Pereira escribió y publicó, además de algún volumen de cuentos (antes de éste recién aparecido, «El síndrome de Estocolmo», y con el que ha obtenido el premio Fastenrath y del que no le han hecho buena crítica), algunas novelas, con las que -yo, lector suyo -como él lo es mío-, me lo pasé muy bien. Sobre todo con «Un sitio para Soledad». Ahora, Antonio Pereira, en una madurez que le permite afinar más su ironía, ha publicado este volumen de relatos, «El síndrome de Estocolmo», hermosamente editado por Mondadori, y me lo he pasado bien con su lectura.

No hay en los cuentos de Antonio Pereira mucha historia, es decir, que parecen cortos de argumento. Tampoco hay situaciones de esas que llaman límite, dramáticas, que tanto gustan a los americanos, sobre todo en sus películas y teatros. Pero existe siempre un decir formidable, un gusto por contar las cosas como si lo que se relata no tuviera importancia.

Un librito éste que viene a decirnos -por si ya no lo sabíamos- que Antonio Pereira, además de un poeta fino y profundo, es un narrador que maneja como quiere los hilos del decir, ese contar como de tertulia, como si relatara para unos amigos.